

Ayuntamiento de Murcia, María del Carmen Pelegrín García con “Jóvenes y menores inmigrantes en la ciudad de Murcia”, María Teresa Camacho Mené con “Cáritas-Murcia y la formación intercultural de jóvenes y menores inmigrantes en la Región murciana”, Agueda Gómez Cos con “Campaña de Cruz Roja: Haz los deberes: respeta nuestros derechos”, Antonio Almagro Soto con “La educación intercultural en la diversidad multicultural. Implicaciones y estrategias de actuación de la Asociación Columbares” y José Luis García Díaz con “Murcia Acoge y los retos de la educación intercultural en la Región de Murcia”. De esta forma, se pueden contraponer las perspectivas de los organismos oficiales y las de distintas ONGs de la Comunidad.

La actualidad de la temática considerada es indiscutible, al tiempo que los estudios y valoraciones de destacados investigadores sociales, políticos y miembros de diversas ONGs convierten a este número de Anales de Historia Contemporánea en referencia obligada para el resto de la comunidad científica, lo mismo que para el público en general.

A su vez, la publicación presenta una sección denominada *Varia*, dividida en las partes. En la primera, Juan B. Vilar, Josefa Gómez Fayrén, Pedro María Egea Bruno y María José Vilar realizan cuatro aportaciones vinculadas al proyecto conjunto de investigación de la Fundación Séneca, que los nuclea: “El movimiento migratorio de retorno desde Europa a la Región de Murcia: Su incidencia sobre el proceso de modernización regional (1960-2005)”. A continuación, los trabajos de Carmen María Cremades Griñán y Gregorio Sánchez Romero, “Defensa del Cardinal Belluga en la Congregación romana de Ritos de los oficios propios de san Fulgencio y san Leandro” y “El tránsito de una demografía antigua a otra moderna: la comarca del Noroeste, Región de Murcia”, respectivamente, permiten al lector adentrarse en la historia regional murciana.

Por último, la publicación cuenta con notas críticas y numerosas reseñas y notas bibliográficas sobre las publicaciones más recientes y las reuniones académicas de mayor relevancia llevadas a cabo en los últimos meses. Entre las notas críticas, Juan B. Vilar estudia la transición del liberalismo doctrinario al liberalismo democrático en la España decimonónica a través de tres publicaciones, Pedro María Egea Bruno analiza el na-

cionalismo, el regionalismo y la articulación del Estado atendiendo a Castilla y León, y María José Vilar estudia la transición y consolidación democrática en España.

Entre las reseñas, se pueden mencionar las siguientes obras: *La Iglesia española en el siglo XIX. Desafíos y respuestas*, de Manuel Revuelta González; *Los socialistas en acción. La II República en Elche, 1931-1936*, de Juan Martínez Leal; *Memoria histórica y Guerra Civil. Represión en Extremadura*, de Julián Chaves Palacios; *La libertad encadenada. España en la dictadura franquista, 1939-1975*, de Encarna Nicolás; y *Amordazada y perseguida. Catálogo de prensa clandestina y del exilio. Hemeroteca de la Fundación 1º de Mayo*, obra coordinada por José Babiano. Por último, se encuentran notas bibliográficas de distintas obras, entre las cuales se puede mencionar: *Frasquita Larrea y Aberán. Europeas y españolas entre la Ilustración y el Romanticismo, 1750-1850*, de María José de la Pascua Sánchez, *Lucha por la supervivencia. De motines, huelgas y manifestaciones en la Región de Murcia, 1808-1914*, de Ricardo Montes Bernárdez, y *Del afianzamiento del republicanismo a la sublevación militar*, de Rosa María Sepúlveda y Manuel Requena Gallego.

Sin duda se trata de un volumen muy interesante de Anales de Historia Contemporánea, con temáticas de indudable actualidad y profundo análisis de los mismos.

**Goicovic Donoso, Igor, *Entre el Dolor y la Ira. La Venganza de Antonio Ramón Ramón. Chile, 1914*. Osorno, Editorial Universidad de Los Lagos, 2005, 188 pp.**

Por David Martínez López  
(Universidad de Jaén)

Este libro aborda una reflexión sobre la lógica de la violencia política en el oligárquico Chile de principios del siglo XX, donde los derechos sociales de la ciudadanía se ignoraban. Las duras condiciones de vida y trabajo de los trabajadores chilenos llevaron a la protesta y movilización popular, contestada por el Estado con la represión militar y la impunidad de sus ejecutores (militares, policías, etc.); violencia política que si a

corto plazo asestó un efectivo golpe a las reclamaciones populares, a la postre no acabó con la inercia reivindicativa del movimiento obrero. La brutal intervención del ejército chileno en la Escuela Domingo Santa María de Iquique, en 1907, es situada por la historiografía y asentada en el imaginario colectivo, como el más conocido episodio de violencia institucional de aquella etapa. Dos jóvenes andaluces, hermanos, que como tantos otros españoles “hicieron las Américas”, se vieron envueltos en el trágico suceso; la historia de estos emigrantes, la muerte de uno en la matanza de Iquique y el intento homicida que en venganza procuró el otro, siete años después, al agredir con arma blanca al general responsable, sirve a Igor Goicovic para desplegar una vigorosa reconstrucción de los mimbres de la violencia.

Salvando la parte introductoria y el capítulo conclusivo, que sitúa a la luz de la teoría psiquiátrica y sociológica la acción de violencia individual del personaje protagonista, el texto se explica en forma de relato. Opción metodológica, sin duda eficaz, que recuerda que la narración historiográfica dista de ser un instrumento cognitivo menor. El reconocible sabor a “microhistoria”, en la versión culturalista del Ginzburg del “El Queso y los Gusanos”, adquiere textura en la solvencia del texto. Si la expresividad de los hechos descritos atrapa al lector, la complejidad del análisis aporta haces suficientes a la recreación histórica de las trayectorias individuales, la de la víctima de 1914, el general Roberto Silva Renard, culpable de la matanza de Iquique, y la del homicida, Antonio Ramón Ramón, responsable del atentado contra la vida del primero. A la vez, las trayectorias individuales, que adquieren inteligibilidad en lo social, alumbran una visión no menos clara de lo general histórico, en esta ocasión de los orígenes de la conflictividad laboral y la violencia política en el Chile del siglo XX.

La introducción del libro plantea su sentido prístino: la crítica al consenso social que, según el autor, parece imponerse en la caracterización, en clave de excepcionalidad, del período que abarca el gobierno de Allende y la dictadura de Pinochet. En este discurso, la historia chilena contemporánea, una suerte de evolución nacional hacia la democracia, se vio asaltada por la radicalidad del gobierno Allende, cuando se quiebra la “unidad nacional”, y luego con la dictadura militar

que pese a todo devolvió el país a la senda de la unidad nacional, a su historia... La terrible violencia política del período que se abre el 10 de septiembre de 1973 es contemplada como mal necesario –excepción quirúrgica– en el “clima objetivamente propicio a la guerra civil” de entonces, como se afirmará en el Informe de la Comisión Nacional de Verdad y Reconciliación (p. 17). A la tesis de la excepcionalidad, el autor, desde el conocimiento histórico, contrapone el recuerdo de los abusos y crímenes de los aparatos de defensa, seguridad y orden público del estado chileno. Los sucesos de Iquique y su corolario, el homicidio frustrado de 1914, le brindan una excelente oportunidad.

En el primer capítulo se muestra la continuidad histórica del recurso a la violencia. Con el empleo de fuerzas militares y policiales las clases dirigentes chilenas acostumbraban acallar la movilización y protesta obrera a principios del pasado siglo; los trabajadores contestan con violencia defensiva. Persistencia de la violencia laboral y política en la historia contemporánea chilena que invalidaría, según Goicovic, la tesis de la excepcionalidad; la visión del período 1970-73 a modo de “déravage”, difundida en la actualidad en el marco historiográfico chileno, quedaría neutralizada. Dialéctica política e historiográfica que acaso trae a colación el debate suscitado en España por Pío Moa, sus mecenas y acólitos, al engastar la guerra civil y la dictadura franquista en clave de salida insoslayable de la radicalizada y violenta sociedad española de los años treinta.

Al hilo de este debate el autor rescata un acontecimiento sucedido cien años antes: la bárbara represión de la movilización obrera de 1907 en la Escuela Domingo Santa María de Iquique. La movilización de unos 10.000 obreros de la pampa salitrera del norte del país, entonces enclave capitalista en expansión, donde concurrían los intereses de la elite nacional y de las compañías explotadoras y exportadoras del salitre –en su mayoría controladas por capital británico–, mostraba las contradicciones que arrostraba la desequilibrada estructura económica y social. La agudización de las penosas condiciones de vida y trabajo en la fase de transformaciones económicas de fin de siglo elevó la tensión social. La protesta del heterogéneo grupo de los obreros salitreros cuestionaba las condiciones sociales que sufrían

los trabajadores del sector más dinámico de la economía chilena –pues el salitre dominaba el sector exportador–; a la misma sucedió la brutal represión militar, saldada con más de dos millares de muertos. La tensión entre las expectativas democráticas auspiciadas por la ampliación de la base social del estado liberal decimonónico –en especial tras la consolidación del sistema de partidos y la reforma electoral de 1874, que incorporó al derecho de sufragio a nuevos sectores sociales– y la persistencia del poder político tradicional, al servicio de las elites nacionales y las inversiones e intereses del capital foráneo, se puso de manifiesto. Los sucesos de Iquique manifiestan que el proceso de democratización de la Latinoamérica austral, menos virulento que en el resto del continente, no fue fluido. Se evidencia una violencia persistente, que convierte a la ominosa dictadura de Pinochet en episodio último de una historia de largo recorrido.

En el segundo capítulo se emprende, a través de la historia de vida de los antagonistas individuales, victimario y víctima, el proceso genético de la agencia individual; la del ejecutor de la violencia activa, primera, en la legitimidad del orden oligárquico constituido; y la del vengador, el que interpreta la violencia reactiva de los masacrados. A principios de siglo XX redes invisibles de solidaridad, sufrimiento y arrojo –las que soportaban las estrategias de supervivencia o las de los que anhelaban una vida mejor–, surcaban el Océano Atlántico llevando a los emigrantes europeos hacia “Eldorado”... Las llanuras argentinas y uruguayas del cereal, el Brasil cafetero y distintos enclaves mineros o extractivos, caso del salitrero chileno, emblemas de la especialización primaria de las economías latinoamericanas en la etapa del neocolonialismo y la mundialización económica, se erigieron en la primera década del siglo XX en tierras de promisión, lugares preferentes de la emigración europea.

La historia narrada constituye una oportunidad para penetrar en los entresijos de la migración. Antonio Ramón Ramón, natural de un pueblo del litoral granadino, afectado por las consecuencias laborales y sociales de la crisis de la producción del azúcar de caña, toma la decisión en 1902, a los veintitrés años, de emigrar hacia Argelia y, luego, sin solución de continuidad, hacia América. Este relato, un capítulo fatídico y fascinante de la historia de vida de una familia

andaluza, encarnado en los distintos pero entrecruzados destinos de dos hermanos en la aventura americana, permite a Goicovic recrear (micro)históricamente aquellas migraciones; de embutirse en su lógica causal –casi siempre atravesada por estrategias o condicionantes familiares.

La opción epistemológica que escoge el autor, entre la teoría psiquiátrica, la microhistoria y el discurso “deconstructivista” de Foucault, permite empero situar históricamente la gestación del homicidio, dotar al acto de venganza individual de inteligibilidad sociológica. Resultado de un proceso de siete años de duración; iniciado con el impacto de la violencia de estado sobre un colectivo civil inerme; gestado en el humor del sufrimiento individual a propósito del fallecimiento del hermano ausente; y culminado con la venganza, con el atentado cometido por el hermano superviviente contra la vida del general responsable. Un proceso complejo, parabólico y paradójico, en el que la dinámica acción-reacción convierte al victimario primero en víctima, a su vez, de un victimario al principio también víctima... Así traza, con vértigo, el autor el trágico itinerario de fragua de un episodio individual de “venganza popular”.

En el tercer capítulo la agencia individual da paso a la colectiva. La historia entrecruzada de los protagonistas cede ante una reflexión sobre el uso de la violencia de estado en el contexto del oligárquico Chile de principios del siglo XX. La atención con que se traslada la información del rico expediente judicial que nutre el libro, permite vislumbrar la lógica de la acción individual y colectiva concurrentes en Iquique y en el postero intento homicida. El autor compone, con los retazos de las historias individuales y el fondo de la movilización obrera, un friso donde engastar cuestiones básicas de la historia chilena contemporánea: el uso del monopolio de la violencia por el estado, la impunidad de los ejecutores, etc. En ese escenario, coral, un acto individual de venganza, identificado por jueces, médicos y abogados coetáneos cual ademán histérico, fruto de un agudo sentimiento de odio, adquiere inteligibilidad sociológica. Así, el homicidio fallido, reducido a crimen patológico por el aparato judicial y mediático, toma, en cuanto expresión individual del deseo colectivo de justicia “popular”, sentido histórico.